

MENTIRAS CONSENTIDAS

HJORTH & ROSENFELDT

BERGMAN 6

SERIE

MICHAEL HJORTH & HANS ROSENFELDT

MENTIRAS CONSENTIDAS

Traducción de Pontus Sánchez

 Planeta

Título original: *En högre rättvisa*

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2018
Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency
© por la traducción, Pontus Sánchez, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-08-20532-6
Depósito legal: B. 3.642-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

13 de octubre

Sueño contigo.

Casi cada noche desde que empecé.

¿Qué pensarías si lo supieras?

De lo que hago.

Probablemente, mal.

Me pedirías que lo dejara.

Tú eras mejor persona que yo.

Pero anoche me pediste que te salvara.

Que os salvara a los dos.

No he podido.

Ni en sueños he podido.

Así que hago lo que puedo.

Pienso hacerlo de nuevo.

Esta noche.

La quinta.

Klara Wahlgren.

Octubre trajo el invierno.

Había sido un año extraño en cuanto al clima.

La primavera no había empezado de verdad hasta finales de mayo. Nevó tanto en los birretes de los estudiantes del último curso del instituto como en la tradicional y concurrida fiesta de Valborg, y también en la manifestación del Primero de Mayo, al día siguiente, donde había bastante menos gente. El verano se hizo esperar hasta finales de junio, y en la semana después del solsticio la temperatura subió por primera vez por encima de los veinte grados, aunque, por otra parte, el calor se mantuvo hasta mediados de septiembre.

Después fue como si no hubiera habido otoño.

El 8 de octubre empezó a nevar de nuevo. Cuando los habitantes de Uppsala subieron las persianas por la mañana se encontraron con un manto fino y blanco en forma de polvo. Naturalmente, poco más de cuatro meses sin nieve daba alas a los que negaban el cambio climático.

«Pues a mí no me parece que la Tierra se esté calentando, qué quieres que te diga.»

«Nadie te ha preguntado», quería responder Klara cada vez que oía aquella frase gastada, al ver la sonrisita de satisfacción que a menudo la acompañaba.

El cambio climático era real en todos los sentidos.

Klara estaba segura de ello después de cursar tres años de estudios de Ciencias del Medio Ambiente en Lund y un máster en Desarrollo Sostenible en casa, en Uppsala. Muchos años de investigación alrededor del mundo hablaban claro, independientemente de lo que se viera por la ventana de la cocina en el mes de octubre.

«Pero hace mucho frío», pensó al salir del local donde impartía el curso, unos minutos antes de las nueve de la noche, y se abrochó el abrigo demasiado fino que llevaba. Como siempre, se había quedado a recoger y a ordenar todo después de que se fuera el último alumno.

Tapizado de muebles.

De 18.30 a 20.30, con inicio el 15 de septiembre.

Nueve sesiones.

Aquella noche era la quinta. Klara disfrutaba al ver los progresos que hacían todos. Adoraba dar aquellos cursos.

Era el cuarto año.

Se aseguró una vez más de que la puerta quedara bien cerrada y empezó a bajar por la calle Östra Ågatan. El frío la hacía dar pasos rápidos. Sonó el teléfono, lo cogió, contestó con una pequeña sonrisa de sorpresa.

—Hola, pequeño, ¿no duermes?

—¿Cuándo vuelves a casa? —dijo la voz cansada de Victor. Lo vio sentado en el sofá con su pijama de Spider-Man, los dientes cepillados, el pelo despeinado, luchando por mantener los ojos abiertos.

—Voy de camino al coche, así que llego dentro de un cuarto de hora o veinte minutos. ¿Pasa algo?

—La herida.

La semana anterior, antes de que nevara, su hijo había tenido una clase de orientación espacial como parte de la asignatura de gimnasia, había tropezado con algún tipo de chatarra oxida-

da que alguien había tirado en el bosque y se había hecho un corte en la pierna. Le habían dado cinco puntos y cada noche tenía que cambiarle la venda.

—¿No lo puede hacer papá?

—Tú lo haces mejor.

Klara suspiró en silencio. Siempre era agradable que la quisieran y que la reclamasen, pero ella y Zach habían compartido la baja por maternidad y él había estado igual que ella, o más, en casa a lo largo de los primeros años de su hijo, y aun así, cuando llegaba el momento de... casi todo, Victor preguntaba más por ella que por su padre. Klara veía que a Zach le sabía un poco mal ser siempre la segunda opción.

—Pero yo no estoy en casa y tienes que dormir —intentó convencerlo al mismo tiempo que tomaba la calle Ångkvarnsgatan.

—¿Y la herida, qué?

—Deja que papá lo haga y te vas a dormir. Si estás despierto y no está bien vendada, te vuelvo a poner yo la venda.

La propuesta fue recibida en silencio, como si el niño de ocho años intentara descubrir si de alguna manera lo estaban engañando.

—¿Hacemos eso? —preguntó Klara.

—Vale...

—Bien. Un beso. Nos vemos mañana.

Acabó la conversación y se metió el teléfono en el bolsillo, pero no sacó la mano. Realmente, hacía frío.

¿Había hecho bien?

Si Victor estaba despierto cuando llegaba a casa y le cambiaba el vendaje, ¿no sería como reconocer que Zach no lo hacía tan bien como ella? ¿Debería haber sido más dura? ¿Debería haber dicho que su padre le cambiaría la venda y que se fuera a la cama, y punto?

No ofrecer alternativas.

Negarse a repetirlo.

Seguramente.

«En el mejor de los casos, Victor estará durmiendo cuando yo llegue y no habrá ningún problema», pensó mientras se acercaba al aparcamiento.

Había seis plazas en el patio interior cuadrado. Dos eran de la escuela Studiefrämjandet. El Polo azul de Klara estaba al fondo, en el rincón, y era el único coche que quedaba.

Klara se detuvo.

Estaba todo oscuro.

Más de lo normal.

Las casas de alrededor eran oficinas y locales de asociaciones, ya sin luces a esa hora. Así solía encontrárselas, pero esa noche también estaban apagadas las luces de la fachada. Klara no sabía dónde estaban los interruptores, aunque pensó que alguien las habría apagado por error.

Se dio cuenta de que ése no era el caso cuando llegó a su coche mientras los ojos, poco a poco, se le iban acostumbrando a la oscuridad. En el suelo, junto a la fachada al lado del vehículo, había cristales rotos.

La farola estaba rota.

¿O se había soltado de su sujeción y se había caído al suelo? Como las dos luces estaban estropeadas, lo más probable era que alguien se hubiera estado divirtiendo rompiéndolas. A pesar de considerarse todavía joven, Klara no pudo por menos que pensar: «Jóvenes, seguro». Quizá plantearse así era lo mejor. Que el vandalismo y otros comportamientos incívicos formaban parte de cierta inmadurez. Aunque los indicios que iban apareciendo en la sociedad señalaban que no se trataba de eso.

Sacó del bolsillo las llaves del coche. El Polo parpadeó dos veces y los espejos retrovisores se colocaron en su posición con

un débil susurro. Estaba a punto de tocar la manilla, que seguramente estaría helada, cuando oyó un ruido, y un escalofrío instintivo de desagrado le recorrió el cuerpo.

Unos pasos silenciosos a su espalda.

No estaba sola.

Por un momento vio una sombra negra reflejarse en la ventanilla lateral.

Irreal. Grande. Cerca.

Sin pensarlo, dio un paso a un lado a la vez que se daba la vuelta. En lugar de alcanzarla a ella, la figura oscura se topó con el coche. Klara tuvo tiempo de observar la capucha negra y la cara tapada antes de que un sonido alto y penetrante la sorprendiera.

Como una alarma.

Klara tardó un segundo en darse cuenta de que era ella la que estaba gritando.

La figura que tenía delante pareció echarse un poco atrás a causa del grito. Aquello le dio fuerzas a Klara.

Ni se le pasó por la cabeza intentar huir, salir corriendo de allí. Iba a defenderse.

A cualquier precio.

En alguna parte del cerebelo afloró una información que había oído de que había que resistirse todo lo posible ante un eventual ataque, y eso fue lo que hizo. Soltó puñetazos y patadas. Luchó con brazos y piernas. Acertó en el cuerpo del atacante. Fuerte. Una y otra vez. Ciega y furiosa. Mientras no paraba de gritar.

No supo cuánto había durado la escena, unos segundos probablemente, aunque pareciera mucho más, hasta que vio que el agresor retrocedía unos pasos y salía corriendo del lugar, hacia la entrada del aparcamiento y luego a la izquierda por la calle Ångkvarnsgatan.

Se quedó allí de pie. Jadeando, respirando de forma entrecortada. Antes de que las fuerzas abandonaran su cuerpo, le dio tiempo a pensar que al gritar se le debía de haber roto algo en la garganta. Se dejó caer en el suelo, sin notar apenas el frío y la humedad que de inmediato atravesaron sus pantalones. Su respiración pasó a ser un silencioso gemido. Miró fijamente al vacío. Luego vio un objeto alargado en el asfalto, junto al coche.

Una jeringuilla llena de líquido.

Iban a anestésicarla.

A anestésicarla y a violarla.

Igual que a Ida.

¿Echaba de menos la Unidad de Homicidios?

Vanja se dio cuenta de que se hacía aquella pregunta a menudo. Como ahora, mientras se preparaba una taza de té en la cocina del pequeño apartamento de una sola habitación que, situado en la calle Norbyvägen, uno de sus compañeros de Uppsala le realquilaba. Un año, para empezar, mientras él trabajaba en La Haya en una cooperación de la Unión Europea contra el tráfico de personas. Eran cincuenta y dos metros cuadrados en los que, a bote pronto, no podía recordar ni un solo mueble u objeto que ella hubiera elegido, puesto o decorado, a excepción del gran televisor de setenta y cinco pulgadas que dominaba la pared frente al gastado sofá negro de piel. Claro que, si alquilabas algo amueblado, eso era de esperar. Vanja aguantaría un año. Si se quedaba más tiempo, se buscaría otra cosa. Algo propio.

¿Echaba de menos la Unidad de Homicidios?, se preguntó mientras sacaba la bolsa de té de la taza con un dibujo de *Star Wars* y la tiraba en el fregadero.

No la Unidad de Homicidios como tal ni tampoco el trabajo. Lo que hacía en Uppsala era igual de interesante, pero echaba de menos a sus compañeros. Se daba cuenta ahora, después de estar alejada de ellos varios meses, de que eran más amigos que compañeros de trabajo. Quizá sus únicos amigos.

Menos Sebastian.

Él no era un amigo.

Abrió el frigorífico, vertió leche en la taza y fue a la pequeña sala de estar, donde tenía el ordenador encendido sobre la mesa de cristal ahumado de IKEA.

Le había prometido a Torkel que volvería.

Cuando hubiese puesto un poco de orden en su vida.

Fuera lo que fuese que significase eso.

Seguía sin mantener ningún contacto con Anna, en eso no había habido cambios. Su madre le había mentido toda su vida y, cuando al fin la verdad salió a la luz, traicionó de nuevo a Vanja poniéndose en contacto con Sebastian a sus espaldas y, peor aún, se acostó con él.

Había sabido de Valdemar varias veces. Conversaciones cortas, impersonales, sobre la mudanza, la nueva ciudad y los nuevos compañeros. No habían ido a verla. A pesar de que él había abandonado a Anna para poder reparar su relación con Vanja y de haber ejercido de padre toda su infancia —al que había sentido más cercano y al que había querido más que a nadie—, no habían conseguido reencontrarse de nuevo.

Aquello le hacía daño.

La enfurecía.

Que Sebastian hubiese conseguido malograr una de las pocas cosas que realmente habían significado algo en su vida. A lo mejor, Valdemar y ella podrían reencontrarse en sus nuevos roles, pero la investigación por delito económico a la que estaba siendo sometido y su intento de suicidio se lo impedían, por el momento.

Era un lío.

Su vida.

Estaba lejos, muy lejos, de haberle puesto orden.

Lo único que realmente iba bien era su relación con Jona-

than. Cada vez mejor. Las vacaciones, que empezaron en Copenhague pero que luego los llevó por cinco países más de Europa, fueron todo lo que ella esperaba. Él había sentido cierta intranquilidad por si ella sólo precisaba compañía y no necesariamente la suya, pero no tardó en ver que no había razón para ello. Después del verano, Jonathan había hablado de un futuro juntos como la cosa más natural del mundo.

No le había gustado que se fuera a vivir a Uppsala, pero sólo eran cuarenta minutos en tren y Vanja iba a Estocolmo siempre que podía. Se quedaba en casa de él, ya que su piso de la calle Sandhamnsgatan lo tenía realquilado.

De manera que las cosas iban bien con Jonathan, y a Sebastian no lo había visto desde que la dejó en el garaje subterráneo del edificio de Waterfront, tres meses atrás. Sabía que Sebastian había resultado herido en un demente trayecto con una bomba en el coche —varias costillas y un brazo roto—, según le había dicho Ursula, y poco más.

Tampoco quería saber más.

Cuanto menos lugar ocupara en su vida Sebastian, mejor. Y estaba segura de que lo mismo servía para cualquier persona.

Dejó de pensar en él, se sentó en el sofá y volvió al escrito de denuncia de Therese Andersson mientras le daba un sorbo a la bebida caliente.

La denunciante deja una fiesta en la calle Molngatan, 23, un poco antes de la una y media de la noche, el 4 de octubre, y decide ir a pie hasta su casa, en la calle Almqvistgatan, situada a poco más de un kilómetro. Coge el camino peatonal desde la plaza Liljefors y cuando pasa por delante de la escuela de Liljefors oye unos pasos que se acercaban y luego alguien la agarra por detrás y siente un pinchazo en el cuello.

Vanja sabía que no podía esperar que todas las denuncias estuvieran redactadas en un sueco perfecto, incluso estaba segura de que así era en la mayoría de los casos, pero aquella nota realmente era como una prueba. Echó un vistazo a ver quién la había redactado. PAP (policía aspirante en prácticas) Oscar Appelgren. Es decir, un estudiante, y, dado que en la Escuela Superior de Policía no impartían clases de lengua, la posibilidad de que mejorara era escasa. Suspiró profundamente y continuó leyendo.

Luego no se acuerda de nada hasta que se despertó tumbada en el suelo entre unos arbustos al lado del camino peatonal. La falda estaba como subida, las medias rotas y la denunciante tiene algo así como un saco en la cabeza. La denunciante se levanta y se va hasta la calle Vaksalagatan donde pide socorro. Entonces son las dos y media más o menos.

El hospital llama a la policía y un examen médico muestra sangrado genital tras penetración y restos de esperma. Un análisis de sangre muestra restos de Flunitrazepam Mylan en la sangre.

Vanja cerró el documento tan descriptivo, cogió la taza y se reclinó.

Ataque con violación consumada.

Era una parte pequeña de todas las violaciones que se denunciaban cada año. El autor y la víctima solían conocerse, y el delito se llevaba a cabo en alguna de las respectivas viviendas, pero como ocupaban muchas páginas en la prensa amarilla era fácil pensar que resultaba más habitual de lo que en realidad era. De momento se había escrito poco sobre lo que le había ocurrido a Therese. Pero los artículos aumentarían si alguien empezaba a interesarse por ello en serio.

Y es que Therese no era la primera víctima.

Vanja se echó de nuevo hacia delante, dejó la taza y sacó el informe del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.

No había gran cosa.

La huella de una zapatilla de deporte marca Vans, modelo UA-SK8-Hi MTE, en la tierra, bajo los arbustos, y el ADN del esperma, pero el autor de los hechos no aparecía en ningún registro. Sin embargo, los datos coincidían con otros de una violación de hacía apenas un mes.

Ida Riitala, treinta y cuatro años.

Atacada en Gamla Kyrkogården, el antiguo cementerio, el 18 de septiembre.

La misma ciudad, el mismo *modus operandi*.

Un agresor la había atacado por detrás, le inyectó la anestesia, le puso un saco de yute en la cabeza y llevó a cabo la acción mientras la víctima estaba inconsciente.

Sonó el teléfono de Vanja. Miró de reojo la pantalla.

Su nueva jefa. Anne-Lie Ulander.

Casi las nueve y media. Significaba más trabajo. Vanja pulsó la tecla de responder.

—Hola, dime.

La conversación duró apenas medio minuto. Vanja cerró enseguida el ordenador y salió de la vivienda. Si antes había dudas de que se trataba de un violador en serie, ahora ya no las había.

Tenían a una tercera víctima.